



"EL DIABLO ROJO"

I

Llegó Alejandro Morales á la capital de la República, exhausto de dinero y henchido de ilusiones. Joven y acostumbrado al trabajo, no le parecía imposible lograr fortuna en la rica y hermosa metrópoli, cuyo movimiento le tenía alelado. Perseguido tenazmente por la pobreza, abandonó el terruño, donde vió la luz primera, y á los pocos parientes que en él le quedaban, decidido á luchar á brazo partido contra la acia ga suerte.

Era Alejandro alto, robusto, de enérgica fisonomía, grave y penetrante mirada cejas y barba finas y pobladas. Hablaba poco y pensaba mucho; en la escuela decíanle "El Uraño" por su carácter taciturno y melancólico, mas de vez en cuando

algunos terribles impetus revelaban al hombre de vehementes pasiones. Inteligente y práctico en el comercio de abarrotes, no le fué difícil conseguir una humilde colocación en una tienda de la capital. El experto ojo del patrón comprendió bien pronto que su dependiente había sido magnífica adquisición y poco á poco fué aumentando el sueldo.

El ardiente anhelo del joven de establecerse por su propia cuenta, hizole económico hasta la tacañería. Privábase de toda clase de diversiones, sus alimentos eran frugales y no compraba un traje hasta que el anterior estaba completamente inútil. Con tal proceder pudo, en un tiempo relativamente corto, ahorrar una pequeña suma, con la cual y con la decidida ayuda de su patrón, que le quería de verdad, puso una modesta tienda que paulatinamente fué prosperando.

Tan luego como Alejandro se creyó sólidamente establecido, pensó en buscar compañera, pues la soledad y el aislamiento le entristecían.

Ocupó de dependiente á un muchacho paisano suyo, quien igualmente había venido á la capital en busca de más amplios horizontes donde ganar desahogadamente la vida.

Era Higinio la antítesis de Alejandro: genio alegre, locuacidad exuberante y reto-

zón como potro en lozano prado. Bajo de talla y delgado, pero muy vigoroso, parecía tener nervios de acero. Al través de la perenne alegría de Higinio, y de aquel par de bailarores aceitunados ojos, descubría-se algo siniestro, especialmente cuando fruncía el ceño y miraba de soslayo.

Fué Catalina la elegida por el corazón de Alejandro, para llevar á su casa la luz de la alegría y el calor del cariño. Joven de la clase media, hacía raya entre las de su círculo, por el regio donaire, el simpático rostro, y el gallardo cuerpo, demasiado alto para su sexo, pero que no parecía tanto por el armónico desarrollo de las formas admirablemente torneadas. Los almendrados ojos de Catalina eran focos de regocijo, y como siempre miraba sonriendo, los enamorados que corrían tras de ese lucero de barrio, perdían el seso por aquel palmito de primaveral frescura.

A Catalina no le cayó mal el payo, y ¡oh poder del contraste! la seriedad de Alejandro era el mayor atractivo para el alegre carácter de la joven.

Los enamorados no tardaron en comprenderse; el uno ansiaba salir de la soledad del alma, y la otra, un buen marido, artículo que hoy anda por las nubes y que encarecerá más en los venideros tiempos. No se anduvieron, pues, con melindres ni repulgos, y á la mayor posible brevedad

echóles el cura la bendición y con ella el matrimonial indisoluble lazo.

La luna de miel prometía ser eterna, pero pasados algunos meses, nublóse un poco aquel límpido cielo. Alguno que otro de los galanes, desdeñados por Catalina, rondaban la calle y aun se atrevían, en propicio momento, á echar piropos á Catalina que estaba más hermosa que nunca, rebosante de juventud y de dicha.

Nada de esto pasaba desapercibido para Alejandro y aunque tenía fe en el cariño de su esposa y ésta no daba el más leve motivo de desconfianza, el natural egoísmo del que saboreaba una felicidad superior á sus esperanzas, mordía el corazón con enconosa mordedura y arrancábale lágrimas y gritos de rabia.

El carácter del joven comerciante no se prestaba ni á reprender, ni á manifestar temor ó desconfianza; callaba, pues, pero la concentración de sus pensamientos avivaba el dolor. Catalina leía en los ojos de su marido el estado de su ánimo, y amante y sagaz, sin decirle palabra, curábase con el inefable bálsamo de las conyugales ternuras.

II

Contiguo á la tienda de Alejandro, había un almacén de abarrotes de un rico español, amigo de aquél y de Higinio, con

quienes había simpatizado, especialmente con éste, que frecuentemente le visitaba y dábale muestras de acendrado cariño.

Higinio trabajaba con empeño en la casa de su paisano y al cerrarse la tienda íbase á una casa de huéspedes, donde vivía. Frecuentemente trasnochaba con algunos jóvenes de mala reputación. El mancebo había crecido, allá en su pueblo, al natural: no tuvo ni quien domara sus pasiones, ni quien las estimulara, pero éstas por sí solas írguense imperantes cuando están en sazón. Las de Higinio sazonaron bien pronto en la opulenta ciudad donde todo conspira á desarrollarlas; malos amigos, inmorales espectáculos, desenfrenada prensa, perniciosos ejemplos, en suma, el funesto esplendor de todas las concupiscencias, y de caída en caída llegó á hundirse en el cenegal de todos los vicios. Bastábale su sueldo para vivir, pero era insuficiente para mantener una sola de las hidras que devoraban su corazón sediento de placeres. El capital de Alejandro hubiera sido poco para la sórdida codicia del corrompido joven. Por algunos días anduvo muy pensativo y cuando estaba solo desaparecía su habitual buen humor. Al contraer el sueño, erizábansele las cejas y la oblicua mirada brillaba con sinistra llamarada.

Una noche no salió como de costumbre

después de cenar, sino que permaneció encerrado en su cuarto hasta cerca de la doce. Fumaba cigarros uno tras otro y se hundía en profunda meditación. De pronto, levántase decidido á ejecutar la resolución que había tomado, abre un viejo baúl, saca un puñal que se coloca en la bolsa de la cartera, cálase el sombrero, embózase una capa dragona y se dirige á la tienda de Alejandro.

Era media noche cuando llegó. Higinio habíase dado maña para tener otra llave tanto de la puerta como del candado que aseguraba la aldaba. Espera el momento en que la calle está enteramente desierta, abre sigilosamente la puerta, penetra á la tienda, cierra luego, y atranca por dentro; dirigese á la trastienda, aparta unos cojines que hacinados junto á la pared, cubrían una horadación, á la que sólo faltaban algunos barrazos para dejar un hueco por donde cupiera un hombre. El dependiente arroja al suelo la capa, coge la barra, oculta entre unos tercios de piloncillo y termina, con el mayor silencio posible, la obra comenzada hacía algunas semanas. Deslizase como víbora por el agujero llevando el puñal en la boca cogido con los dientes. Apenas el cuerpo del ladrón había salido del agujero, oye una voz que medrosa interroga:

—¿Quién anda allí? Escucha en seguida

el ruido de alguien que se incorpora, el de una mano que busca algo en la cabecera y por último, el tronido que produce el gatillo de una pistola al ser preparada. Higinio en la obscuridad, guiado por aquel ruido se avalanza rápidamente, tropieza con la cama, toca un bulto, y sin darle tiempo para nada, hunde en él el puñal repetidas veces y con la mayor fuerza posible. Oye el angustioso grito de su víctima que con moribunda voz pide socorro, luego el estertor de la agonía, después nada; reina el pavoroso silencio de la muerte.

Pasados algunos momentos, enciende una lámpara. Mira entonces sobre el lecho empapado en sangre al rico español acribillado á puñaladas.

En los abiertos ojos, sin movimiento ya, estereotipado el pavor y parecen fijos en el asesino. Este tiembla á su pesar, límpiase el copioso sudor que baña su frente y repuesto un tanto, acércase al aguamanil, colocado cerca del lecho del muerto, lávase las ensangrentadas manos y algunas manchas que coloreaban su traje, y en seguida dirígese á la caja, cuyo secreto indudablemente sorprendió abusando de la confianza que en él tuvo el español; ábrela y brilla en la faz de Higinio un relámpago de júbilo al verla henchida de billetes. Apoderóse violentamente de todos y váse luego por donde mismo había en-

trado, teniendo cuidado de cerrar la puerta de la tienda.

III

La trastienda tenía una puerta que comunicaba con un patio; á la izquierda estaba la cocina y á la derecha dos piezas, sala y alcoba. Esto formaba toda la casa de Alejandro. Hallábase éste aún en el sabroso sueño de la madrugada cuando despertáronle los fuertes golpes que daban en la puerta de la tienda. Levantóse á medio vestir y sin fijarse en la horadación hecha en un muro de la trastienda, dirigióse á abrir la puerta. Un jefe de policía y cuatro gendarmes entraron luego, recogieron la barra, la capa de Higinio y aprehendieron á Alejandro, que con espantados ojos veía todo aquello. No le permitieron ni despedirse de su esposa, y condujéronle luego ante la autoridad que debía tomarle la inquisitiva.

El crimen fué descubierto por los dependientes del almacén, pues llegaron temprano á su trabajo y al llamar á la puerta sin que nadie les contestara, dieron aviso á la autoridad, quien dictó al momento las órdenes que juzgó oportunas.

Higinio, consumado que hubo el delito, dirigióse á la Estación del Interoceánico para ponerse á salvo á la mayor brevedad

posible. Iba á subir ya al tren, cuando dos agentes de la reservada le aprehendieron y condujéronle inmediatamente á Belén á disposición del juez del ramo penal en turno.

Los periódicos de información dieron inmediatamente noticia del crimen y entre la abundancia de pormenores y viveza de colorido, distinguióse el "Diablo Rojo," diario muy leído en la metrópoli, no sólo por la novelera plebe, sino también por la flor y nata de la aristocracia, que divierte sus ocios con los espeluznantes delitos de toda la República, que dicho periódico diariamente narra con llamativos encabezamientos.

Apenas habían tomado á los reos sus inquisitivas, rodeáles una nube de "repórters," quienes gritando y gesticulando interpelan á los criminales sin siquiera dejarles resollar.

Higinio dirigióles en contestación, alguna que otra tabernaria apóstrofe, y Alejandro encerróse en absoluto despreciativo silencio.

Catalina movió cuantas influencias estuvieron á su alcance para obtener la libertad bajo caución, de su esposo, pero todo fué inútil. El crimen era gravísimo y todos los indicios señalaban como autor de él á Alejandro y su dependiente. Era, pues, necesario esclarecer la verdad.

La afligida esposa no tuvo ni siquiera el consuelo de hablar con su marido, pues enviáronlo á Belén rigurosamente incomunicado.

"El Diablo Rojo" en el primer suelto en que refería el crimen, escribió sólo las iniciales de los presuntos responsables de él; pero al día siguiente dió rienda suelta á su anhelo de impresionar á sus lectores, y no sólo publicó los nombres de Alejandro é Higinio, sino también sus retratos en los que el dibujante parecía haber tenido á la vista un tigre y una pantera á juzgar por el feroz continente de los procesados.

El tal periódico es muy leído en Belén; con la lectura de su criminal información héanse formado algunos siniestros héroes de presidio, á quienes su plebe y aun muchos de los que á ella no pertenecen, han dado popularidad.

Alejandro é Higinio, que rotundamente negaban ser los autores del crimen, leyeron "El Diablo Rojo," pero según sus circunstancias y caracteres, fué el efecto que la lectura les produjo. Alejandro consolóse y lloró como un niño al verse víctima de inexplicables acontecimientos.

"El Diablo Rojo" era la oleada de un mar inmenso que llevaba por todas partes manchado el nombre que había conservado puro, y casi enloquecía de desespera-

ción. Higinio sintió hervir en su pecho los criminales instintos, irguióse altanero ante sus compañeros de presidio, y desde entonces propúsose dominarlos. En suma, aspiró á ser de esos sombríos héroes popularizados por la prensa de información.

IV

Alejandro había establecido su giro mercantil con dinero propio y con fondos de su antiguo patrón. Además, para ensanchar sus operaciones, había contraído algunos créditos. La tienda no sólo tenía con qué responder del pasivo, sino que estaba verdaderamente próspera, pues superaba en mucho el activo; pero bastó á los acreedores ver en letras de molde el nombre de su deudor y saber que estaba procesado por un grave delito, que no podía menos de haber cometido, pues lo decían los periódicos, para que llovieran sobre la tienda del infeliz Alejandro embargos preventivos y en menos de un mes quedó arruinado.

Catalina se vió obligada á salir de aquella casita, testigo en un tiempo de su dicha, donde pasaron llenos de luz y de alegría los días de la luna de miel, y volvió como derrotado general, á su antiguo barrio, al lado de una histérica tía, única pariente que le quedaba. Allí trabajaba pa-

ra mal comer, resistiendo impávida el continuo chubasco de su malhumorada parienta.

Los antiguos pretendientes, con criminal felonía, empezaron á rondar la casa de la desolada esposa y á disparar contra ésta mortales saetas.

Catalina informábase con avidez en "El Diablo Rojo" del estado del proceso, y tal era el cúmulo de datos contra Alejandro que hasta ella empezó á dudar de su inocencia. El periódico dedicaba también sus párrafos á la hermosa Catalina, y tanto ponderaba su belleza, que la joven esposa halagada en su vanidad, leía y releía aquellas encantadoras líneas, y saboreaba con fruición las livianas galanterías del impúdico gacetillero. Creyóse mucho más bella de lo que realmente era, y capaz de rendir los más duros corazones.

Tan luego como levantaron la incomunicación á Alejandro, su esposa lo visitaba en los días que se le permitía; pero un alférez miraba á Catalina con tan habladores ojos, que el demonio de los celos pegó fuego al corazón de Alejandro.

—No vuelvas á verme, dijo á su esposa. Soy inocente y pronto me verás á tu lado. Vete á casa de tu tía y no salgas á ninguna parte.

La esposa obedeció con tristeza, y algunos días estuvo encerrada, pero las pun-

zantes indirectas de la tía y las apremiantes necesidades obligáronla á salir con frecuencia.

El proceso, entre tanto, se complicaba. El juez, á pesar de sus esfuerzos, no podía aclarar muchos puntos oscuros. Los exhortos librados al lugar del nacimiento de los presuntos culpables, dilataban la tramitación y Alejandro se desesperaba.

Una circunstancia vino á remover el semiapagado fuego del escándalo. Higinio armó camorra con tres de sus compañeros de presidio; mató á uno é hirió gravemente á los otros dos.

Al siguiente día "El Diablo Rojo" publicó toda una novela á lo "Ponson du Terrail," de aquel trágico acontecimiento. El retrato de Higinio adornaba el relato, y para ensanchar la narración, el articulista encadenaba aquel suceso con el pasado crimen y hacía un odioso retrato moral de Alejandro. Poco faltó éste para morir de pena. Había en el relato muchísimas exageraciones, inexactitudes y hasta falsedades. La fantasía del repórter presentaba á los lectores de "El Diablo Rojo," un sangriento drama rebosante de interés. Aquella ola hirviente de difamación enardecía los corazones de los presos y oíanse de vez en cuando los sordos rugidos de la fiera humana.

En cuanto á Higinio, estaba satisfecho.

era ya en presidio un tirano ante quien todos se inclinaban medrosos. Fuera de él, era ya un feroz héroe, á quien la plebe contemplaba alelada.

V

Acostumbrada Catalina á la felicidad que produce peligrosas embriagueces, y sin armas morales para luchar contra la pobreza, que día á día fué creciendo hasta llegar á la miseria, y agobiada además, por el insoponible histérico de una tía necia y egoísta, poco á poco fué dando oídos á los seductores. Aquella fortaleza empezaba á vacilar. "El Diablo Rojo" afirmaba y debía de saberlo, que los procesados estaban convictos, aunque no confesos y que eran merecedores de la última pena.

Aquella noticia desesperó á Catalina; no estuvo de humor para soportar las necedades de su tía, á quien contestó de una manera violenta, y después de insultante disputa, se separó de la casa que por algún tiempo le dió albergue.

No sabía la infeliz á dónde dirigirse; anduvo al acaso, cuando, por su desgracia, encontró al más tenaz de sus perseguidores, que probablemente en acecho de su presa estaba. La desesperación obtuvo lo que quizás no hubiesen conseguido nun-

ca los reiterados ruegos. Desde aquel momento acabó el dulce hogar del desventurado preso, y la esposa infiel, unida con criminales lazos á un rico y aristocrático calvatuerno, procuró en medio del lujo y la abundancia, olvidar el sueño de felicidad que había dormido en el santuario de un edén cerrado para siempre.

Entre tanto empezaba á brillar la luz en el proceso, y á medida que aparecía clara la culpabilidad de Higinio, desvanecíanse los datos acumulados contra Alejandro. La conducta de aquél en presidio había sido cada día más feroz. Hubo necesidad de perpetuo encierro, pero la fiera desde su jaula rugía amenazante.

Llegó el día de llevar la causa al jurado popular. Las audiencias estuvieron concurrendísimas; los defensores, más que á la ley, apelaron á los recursos oratorios para mover los corazones, y por muchos días tuvo la maledicencia y la novelera curiosidad, pasto abundante para alimentar su famélico apetito.

La esperada sentencia absolvió á Alejandro, que fué puesto inmediatamente en libertad y condenó á Higinio á la última pena.

Agotados todos los recursos legales, se anunció el día de la ejecución de Higinio. Dos horas antes de la señalada, reumíanse fuera de la cárcel de Belén pelotones de

plebe que iban con el único objeto de saber todas las circunstancias de los últimos momentos del héroe populachero dado á conocer por la información periodística.

El sanguinario criminal era menos compadecido que admirado, y en no pocas extraviadas imaginaciones, presentábase como legendario héroe digno de remembranza. Hubo imberbe pilluelo que gritara ardecido:

—Soy tan hombre como el valiente fusilado.

Pululaban por todas partes los "reporters," con cartera y lápiz en mano, tomando apuntes de cuanto creían digno de mención.

De repente oyóse la unisona descarga del pelotón: un rumor de honda emoción sale de las plebeyas turbas, que no se apartan de su lugar hasta ver el cadáver del infeliz Higinio y no son pocos los que al ser conducido fuera de la cárcel, le acompañan rindiéndole homenaje de admiración.

VI

Alejandro, entre tanto, buscó solícito á su adorada Catalina, quien con su amante fué á pasar temporada á uno de los pintorescos pueblos que rodean la capital al saber la inesperada libertad de su es-

poso. La tía sólo supo decir á Alejandro que Catalina había tenido un disgusto con ella, motivo por el cual abandonó la casa.

Fortuna, esposa, honra, todo había perdido el infortunado Alejandro, y la incertidumbre de la suerte de Catalina, teniale en un estado próximo á la locura. Los celos martirizábanle constantemente, y empezaba á temer que su esposa no le hubiese sido fiel.

Acababa de comer en un céntrico hotel y salió al balcón para disipar los téticos pensamientos que le mataban. Oyó á un voceador anunciar "El Diablo Rojo," llamóle, compró el número y en él leyó con lujo de pormenores la ejecución de su infortunado amigo. Siguió leyendo casi maquinalmente la gacetilla del periódico. De repente, crecen sus ojos espantados, una onda fría brota de su corazón y se siente tambalear.

No es posible, exclama fuera de sí, y lee y releo. Su desventura era cierta.

"El joven Alejandro Morales, decía "El Diablo Rojo," que logró probar su inocencia y fué puesto en libertad, encontró su hogar vacío. Su palomita, una encantadora muchacha, muy perseguida de los lagartijos, había volado con uno de ellos. J. P. tenorio muy conocido por sus trapisondas, terror de los papás y de los maridos."

Alejandro no pudo más, cayó del balcón sobre el duro solado de la calle, y murió instantáneamente.

¿Fué aquello suicidio, locura, ó desgracia? No lo sabré decir.

VII

Al siguiente día de aquel emocionante suceso, hay inusitado regocijo en la redacción de "El Diablo Rojo," y oyense en intervalos los sonidos de los taponos al abrirse las botellas de champaña. Sucédense los ampulosos brindis por la creciente prosperidad del afamado periódico de información. Ha motivado tal fiesta la extraordinaria venta del número de la víspera, que, á propósito de los narrados acontecimientos, publicó una interesantísima historia bajo el llamativo título de "Un ajusticiado, un suicida y una hermosa damisela."

Mientras el entusiasmo estimulado por el champaña se desbordaba en alegre locuacidad, y el administrador del periódico henchía la caja con el dinero de la venta que acababa de recibir, pasaba frente á la redacción de "El Diablo Rojo," el carro fúnebre llevando en humilde caja mortuoria, donativo de piadosa asociación, sin ningún acompañamiento, el cadáver del desventurado Alejandro Morales.